

# **TRABAJOS ELEMENTALES SOBRE LA ESCUELA PRIMARIA**

Por Anne Querrien

Estos materiales tiene un uso  
exclusivamente didáctico

---

## ÍNDICE

<b>Historia de una investigación: del militantismo pedagógico a la experimentación social</b> .....	7
<b>Educación e imitación</b> .....	19
<b>Guerra contra la pobreza</b> .....	21
<b>Formación del ejército del trabajo</b> .....	33
<b>La articulación colectiva de los niños</b> .....	45
<b>¿Por qué ganaron los hermanos?</b> .....	63
<b>La normalización nacionalizada</b> .....	81
<b>Las miradas eficaces</b> .....	105
<b>Los hijos de familia</b> .....	125
<b>El cuerpo de la infancia</b> .....	135
<b>El cuerpo enseñante</b> .....	143
<b>Las vías de la innovación</b> .....	153
<b>Continuación de la investigación</b> .....	165
<b>Postfacio. Julia Varela</b> .....	169
<b>Elementos para una genealogía de la Escuela Primaria en España</b> .....	171

---

## FORMACIÓN DEL EJÉRCITO DEL TRABAJO

En 1816, la existente articulación colectiva de los niños en función del aprendizaje de la lectura, de la escritura y del cálculo, permite, hipotéticamente, acoger a todos los niños en la escuela del trabajo, la cual ha sabido hacer de los pobres, de los indigentes y de los huérfanos buenos trabajadores, y se ha convertido en norma pedagógica, pues, en realidad, la mayor parte de las escuelas rurales trabajan como pueden. Sus maestros no han recibido una formación adecuada, son hombres inaptos generalmente para otro trabajo. El maestro rural está tan mal pagado que elige este oficio como último recurso, y de forma provisional.

Los industriales, y los altos funcionarios, las dos nuevas capas de la sociedad se ponen a la cabeza del movimiento de escolarización de los niños fundando la Sociedad para la Mejora de la Instrucción Elemental. Esta Sociedad luchará para que se adopte en Francia un método pedagógico que está siendo utilizado desde hace 20 años en algunas escuelas inglesas: el método mutuo, que ha sido también utilizado en Francia pero sólo en la enseñanza superior, concretamente en la Escuela Nacional de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, primera gran escuela francesa, fundada en 1744.

Este método se asemeja al de Juan Bautista de la Salle, ya que ambos parten de una organización colectiva del trabajo de los niños. Pero presenta sobre el método de los Hermanos numerosas ventajas. He aquí aquellas que interesan a los industriales y a los altos funcionarios:

- es claramente más rápido que el método lasalliano: un niño emplea dos años en aprender a leer y a escribir correctamente en lugar de cinco o seis.

- es claramente más económico: además de la economía del tiempo, permite reunir bajo la dirección de un solo maestro un número casi infinito de niños; la única limitación es de orden arquitectónico: las dimensiones máximas que pueden tener las salas de clase teniendo en cuenta las técnicas de construcción de la época. Limitación que entonces era de 500 niños por clase.

Estas características del método mutuo provienen de que el maestro no enseña directamente sino que se limita a vigilar a los niños que se enseñan entre sí formando grupos de diez. Les indica el momento en que deben pasar a un nuevo ejercicio. El método de los Hermanos exige, por el contrario, un maestro para un máximo de 50 niños; además el tiempo de trabajo de cada niño es ridículamente pequeño. Sea cual sea el número de niños en la escuela mutua, el tiempo de trabajo de cada niño es cinco veces mayor que en una escuela de los Hermanos formada por 50 niños. El tiempo de trabajo de los niños en la escuela de los Hermanos y en la escuela mutua solamente sería comparable si la clase de los Hermanos tuvieran 10 niños. Se comprende, pues, de dónde le viene la eficacia al método mutuo.

- este método puede practicarse indiferentemente con un grupo pequeño de niños, incluso inferior a diez, o con un grupo grande. El número de niños es indiferente para su funcionamiento. El método mutuo es igualmente válido para las grandes ciudades como para las aldeas del campo. Por otra parte, ha sido recientemente utilizado con éxito por “los niños de Barbiana”, siete niños campesinos italianos, los cuales habiendo sido rechazados por la escuela pública han preparado así su certificado de estudios primarios, bajo la dirección de un cura, en una pequeña aldea de la montaña, Barbiana. Estos niños han contado su experiencia en *Cartas a una maestra de escuela* (editions Mercure de France).

Exigiendo que los Hermanos fuesen siempre de tres en tres, para poder vigilarse entre ellos y chivarse después al Hermano Director, Juan Bautista de la Salle limita la expansión de su institución a las ciudades. Esta institución resulta ahora en una cierta medida inadecuada en función del objetivo que se persigue: la formación de los niños campesinos para el trabajo. Sin embargo, pese a que la comunidad de los Hermanos de las escuelas cristianas está ligada a la ciudad por sus reglamentos, no lo está por lo que se refiere al método pedagógico. En consecuencia se podría utilizar el método de los Hermanos en lugar del método mutuo en la escolarización de las zonas rurales, si se formasen maestros laicos para que lo aplicasen y se encontrase uno o varios personajes locales que los vigilaran.

Del método de los Hermanos, igual que del método mutuo, puede decirse “El método es tal que no deja ningún pretexto a la ignorancia. Que los niños no sean admitidos en las manufacturas si no asisten a las escuelas de tarde, así asistirán”(Bulletin de la Société pour l'amélioration de l'instruction élémentaire. Journal d'éducation, primer trimestre 1817).

¿Por qué quieren los industriales que los niños vayan al menos por la tarde a la escuela? Por la tarde son las reuniones de los obreros, las preparaciones de las sublevaciones y de las huelgas; se trata de impedir que los niños asistan a ellas imponiéndoles la obligación de acudir a otro sitio.

La escuela forma parte del conjunto de instituciones creadas al comienzo del siglo XIX concretamente por las patronales del este de Francia, las más avanzadas, para proporcionarse un proletariado pacífico y sano al mismo tiempo. La escuela es respecto a los niños la otra cara del jardín y de las casas

baratas. Villermé, propagador de la escuela para niños, es también propagador de la ciudad obrera, como muestra el texto siguiente:

“El alcalde de la ciudad de Mulhouse ha mandado construir alojamientos, cada uno con dos habitaciones, una cocina pequeña, un granero y una bodega, para 36 trabajadores de sus talleres de la construcción, por la mitad del precio que les cobrarían en otra parte. Además, sin aumentarles el precio, cada vivienda tiene un jardín para cultivar legumbres utilizables en la cocina, y sobre todo para habituar al obrero a que pase en él el tiempo que pasaría en la taberna. Pero para disfrutar de estas ventajas es preciso que trabaje él mismo su jardín, que envíe sus hijos a la escuela, que evite adquirir la menor deuda, y que todas las semanas haga un ingreso en la caja de ahorros, y pague 15 céntimos para la caja de enfermos del establecimiento. Esta última condición da derecho a recibir cuando se está enfermo treinta perras por día, las visitas del médico y las medicinas”.

## **La escuela obligatoria para los futuros trabajadores**

El movimiento obrero reivindica en este momento, más que la escolarización, el no trabajo para los niños. Los motivos no son solamente humanitarios. Se trata de impedir que, al realizar los niños ciertos trabajos que exigen una cualificación menor debido a nuevas máquinas, dejen sin trabajo a los adultos que piden salarios más altos que ellos. Si la patronal acepta el paro de los niños en lugar del de los adultos, es precisamente porque dispone con la escuela de una máquina que acrecienta el valor de la fuerza de trabajo, de una máquina que ha sido concebida en circunstancias determinadas (experimentación sobre los niños de los indigentes en los siglos anteriores), y que se aplica mejor a los niños que a los adultos.

La escuela se hace primeramente obligatoria para los niños que trabajan en las fábricas. Una primera ley votada en 1841 no llega a aplicarse. Solamente se refiere a talleres de más de 20 personas, no se prevé en ella ninguna sanción contra los patronos que hagan trabajar al menos dos horas diarias a niños sin escolarizar. De hecho esta ley fue adoptada a iniciativa de algunas empresas dinámicas, que la aplicaban ya antes de ser aprobada, y que querían atraerse a sus competidores para no ser abandonadas por una mano de obra infantil a la que naturalmente redujeron el salario y el tiempo de trabajo.

Es necesario mirar más lejos: sobreexplotar la mano de obra infantil no es realmente ventajoso pues los individuos quedan fuera de uso en un tiempo muy corto: este es todo el sentido del “Cuadro físico y moral sobre la condición de los obreros del textil” de Villermé (1842). Además, utilizar una mano de obra demasiado joven, no adaptada a hábitos de regularidad tanto desde el punto de vista del tiempo como de los gestos corporales, no disciplinada, es condenarse a un relativo estancamiento tecnológico. Las nuevas máquinas exigen un mínimo de disciplina más importante que el saber hacer, así como la capacidad de leer un mínimo de instrucciones. El comienzo del control del rendimiento del trabajo implica que los trabajadores sepan escribir y contar para dar cuenta del trabajo hecho.

La industria dudará entre dos posibilidades, decidiéndose por la una o por la otra según las camas consideradas y el momento de su aparición:

– Edificarse sobre la explotación de un trabajo de base relativamente cualificado que sigue estando próximo del artesanado pre-industrial por la ética que encierra.

– formar a enormes masas en conocimientos mucho más limitados, la tropa de trabajo, que será dirigida por una capa intermedia en formación, los capataces, de los que se encargará la enseñanza profesional. (Ver Claude Grignon - *L'ordre des choses* - Ed. de Minuit),

De todas formas es necesario proteger la infancia, desarrollarla, fortificarla: es la reserva que debe fortalecerse: “Cuanto más mejora la situación material de los niños, más gana la disciplina, se mejora el trabajo producido, se dulcifican las costumbres y crece la población en bienestar material y moral”. Estas afirmaciones del director de las cristalerías Baccarat son recordadas por Jules Simon en “El obrero de ocho años” en 1867. Se trata de preparar en Francia, con la ayuda de la escuela, “el glorioso y poderoso ejército del trabajo”, (Jules Simon: *El obrero de ocho años*, 1867, conclusión).

Este ejército del trabajo está por otra parte en relación con el ejército propiamente dicho. Jules Simon, futuro ministro de Instrucción Pública en la Tercera República, propone en su libro que los ejercicios militares se hagan en la escuela puesto que las experiencias inglesas han probado que proporcionaban un rendimiento óptimo: “El Sr. Edwin Chadwick ha publicado recientemente en Londres una Memoria curiosa, sobre la utilidad de enseñar el ejercicio a los niños en las escuelas, en vez de enseñarlo a hombres hechos y derechos que así se sustraen de los talleres. Las horas empleadas así por los niños no cuestan nada a la industria ni a las familias, ni a los niños mismos, para los cuales es una distracción agradable y fortificante. Se evita de esta manera no solamente el infligir a los talleres la pérdida de un gran número de jornadas de trabajo sino que, además, el Sr. Chadwick piensa que se aumentan las fuerzas del futuro trabajador y que tres

niños habituados a la gimnástica militar producen más tarde el trabajo de cinco obreros. El gasto es además mínimo pues no cuesta por 130 niños más que por un adulto”. (Jules Simon. *El obrero de ocho años.*)

“El principal secreto de la fuerza militar de un pueblo es el crecimiento y la mejora de la raza” (ídem). Después de la derrota de 1870 esto será evidente. Servicio escolar y militar son obligatorios en Prusia desde 1819 y 1833. En Francia se deja que los niños se pudran en los talleres, talleres que la Comuna ha probado eran centros peligrosos de fermento revolucionario. Ha llegado el momento de no dejar la educación de los niños de las fábricas a cargo de los industriales, de hacerla obligatoria, de hacerla realmente obligatoria y separarla de los ejercicios militares. Las tentativas de comienzos de la Tercera República para imponer la preparación militar en la escuela son un fracaso. Pero marcarán definitivamente la gimnástica escolar francesa.

Una nueva ley, del 19 de mayo de 1874, exige que todo niño que no haya cumplido los 15 años y desee ser admitido en un trabajo de seis horas diarias, tenga el certificado de estudios elementales. Ningún niño que tenga menos de 12 años cumplidos podrá trabajar si no frecuenta la escuela al menos durante dos horas por día. La asistencia a la escuela será justificada mediante una hoja de asistencia que se entrega al patrón. En el libro de familia, que debe tener el jefe de familia, debe constar el tiempo que cada uno de sus niños ha ido a la escuela.

Los gobernadores se encargan de vigilar la aplicación de la ley. Las respuestas de los alcaldes a un cuestionario enviado con este motivo, en 1876, por el gobernador de París no dejan duda sobre los motivos de esta demanda de escolarización de los niños. “Las dificultades vendrían menos de los patronos que de las familias... es sobre estos padres insensatos donde hay que actuar”. (el alcalde del 6º distrito). “Las familias tienen la deplorable costumbre de llevarse a los niños apenas rudimentariamente formados para meterlos en los talleres en donde no son capaces de aprender más que malas impresiones” (el alcalde del XXº distrito).

La palma la lleva el alcalde de Saint-Denis, industrial, que pide “sustraer a los niños de la influencia perniciosa y del contacto frecuentemente vicioso de las reuniones de los obreros en las fábricas” y “obligar a los padres de familia a no dejar vagabundear a los niños”. La escuela es según él “el verdadero lugar de los niños”.

La costumbre que existe de hacer trabajar a los niños media jornada y enviarlos la otra media a la escuela no deja de causar problemas:

– o bien frecuentan los cursos de adultos y se encuentran mezclados con hombres de todas las edades, lo que significa el riesgo de verles participar en reuniones públicas, cosa que la escuela debe precisamente impedir, y ello tanto más cuanto muchos cursos de adultos están dirigidos por representantes del peligroso método mutuo (ver más adelante). En el distrito XX, por ejemplo, sobre 625 matriculados en los cursos de adultos, 254 asisten realmente y sus edades oscilan entre 7 y 47 años: hay 1 alumno de 7 años, 2 de 8, 7 de 9, 16 de 10, 33 de 11, 48 de 12, 31 de 13, 27 de 14, 33 de 15, 18 de 16, 12 de 17, 11 de 18, 4 de 19, 5 de 20, 1 de 21, 1 de 24, 1 de 16, 1 de 30, 1 de 33 y 1 de 47.

– o bien frecuentan las escuelas comunales de barrio de ciertas horas al día, pero su madurez supone el riesgo de abrirles horizontes escabrosos a los otros niños. “Yo soy particularmente opuesto a la admisión de los niños de fábrica en las escuelas comunales de día... Esta mezcla de niños tendría consecuencias muy enojosas en relación con las costumbres y el mal ejemplo”, dice de nuevo el alcalde de Saint-Denis, industrial, que pide “la prohibición de todo trabajo a los niños en las fábricas, y medidas legales para combatir el vagabundeo y obligar a los niños a ir a la escuela”.

– o bien los patronos abren escuelas de media jornada. Pero con frecuencia la formación de su personal enseñante deja bastante que desear. Marx señala, en varias notas del *Capital*, que en Inglaterra estos maestros de las fábricas eran generalmente antiguos contra maestros o militares retirados, analfabetos, como testimonian las cruces, que adornaban a guisa de firma, sus certificados de escolaridad. Estas escuelas de fábrica son más bien guarderías que lugares de formación. Su función de reclusión de los niños contra los riesgos de la participación en las reuniones obreras es demasiado evidente para que la rebelión no se manifieste mediante la desertión.

La escuela única podía ser tanto mejor la solución a este estado de cosas, en la medida en que el estatuto de trabajador de fábrica, de empleado de oficina, o en todo caso de doméstico urbano, esperaba de hecho a todos a más corto plazo.

## **La domesticación urbana**

La campaña para una educación nacional, para una generalización de la escuela como máquina de adiestramiento social ha comenzado de hecho antes de la Revolución. Es necesario “que todos vuestros sujetos reciban una instrucción que les enseñe bien las obligaciones que tienen hacia la sociedad y hacia

vuestro poder que los protege, los deberes que estas obligaciones les imponen, el interés que tienen en cumplir estos deberes en función del bien público y del suyo propio” (Turgot, *Plan d’éducation*, 1761). Pero la única tecnología pedagógica colectiva, portadora en consecuencia de la posibilidad material de esta generalización, es la de los Hermanos de la Doctrina cristiana. La cual aparece íntimamente ligada a la naturaleza religiosa de su comunidad para ser la más conveniente. La obediencia que inculca a los niños es la obediencia a los representantes de la Iglesia. Se trata de obtener la obediencia a los representantes del rey, del Estado. “Los niños del Estado no serán puestos en manos de nadie sino de miembros del Estado” (La Chalotais, 1764).

Pero el Estado no tiene todavía consistencia material. Su noción se identifica con los deseos e intereses de los representantes de la justicia, poderosos especialmente en París y en algunas grandes ciudades de provincia. En el terreno educativo estos intereses están claros: dar una educación al pueblo para que conozca sus deberes, y concretamente el deber de apoyarlos en su subida al poder, pero nunca abrirle las puertas a una participación en el mismo aunque estas puertas sean estrechas y limitadas a una minoría. Este es el peligro que ven los magistrados en la pasión enseñante que en ocasiones parecen tener los “Hermanos ignorantillos”, que se ocupan más en permitirle a una minoría de pobres el acceso más alto posible que de enseñarle a la masa a permanecer en su puesto. “El bien de la sociedad exige que los conocimientos del pueblo no se extiendan más allá de sus ocupaciones” (La Chalotais, 1764). Pero un niño que ha pasado por la escuela de los Hermanos quiere continuar aprendiendo, enseñar él mismo, no quiere ya ser mozo, obrero agrícola o aprendiz.

La máquina escolar que funciona en la Restauración responde en gran medida a esta preocupación por limitar la educación primaria. “La instrucción es ese conjunto de conocimientos adquiridos necesarios a cada individuo... para saldar la deuda que ha contraído con el Estado al nacer. Esta deuda es tanto mayor cuanto su posición social de nacimiento sea más elevada y deberá entonces instruirse más” (Ambroise Rendu en 1819, *Essai sur l’instruction publique et particulièrement sur l’instruction primaire*, que tiene por objeto probar que el método de los Hermanos de las escuelas cristianas es el “principio y el modelo” del método de enseñanza mutua, 1819).

El Estado es en concreto la magistratura y la administración. Al comienzo del siglo XIX el francés es todavía “el habla de los tribunales”, la lengua de las profesiones que están relacionadas con ellos, no es evidentemente la lengua del campo. Es por el contrario la lengua de la escuela. Alfabetizar, aprender a leer y a escribir es en este momento ante todo aprender a hablar el francés (ver M. Matter, inspector general de estudios: *L’instituteur primaires ou conseils et directions pour préparer les instituteurs primaires a leur carrière et les diriger dans l’exercice de leurs fonctions*. 2.º edición, 1843, Hachette). “Exigimos que toda persona que nos sea próxima sepa leer y escribir, comenzando por los criados. Es preciso darles los medios para que lo aprendan”. (Pasquier, ministro de Asuntos Exteriores, en el debate sobre la justificación de la subvención de 50.000 F. para el desarrollo de la instrucción primaria en la Cámara de Diputados, en 1821).

En 1831, esta función de domesticación urbana del servicio escolar está clara para los inspectores, enviados por Guizot a las zonas rurales para examinar el estado de la instrucción primaria. Los inspectores explican la resistencia a financiar la instrucción primaria por parte de los notables locales del modo siguiente: “En varios Ayuntamientos de esta región, la falta de industria y comercio, el empleo bruto de numerosos criados en una agricultura rutinaria impiden apreciar la instrucción primaria, que es necesario ir a buscar muy lejos, partiendo de granjas diseminadas que están unas a gran distancia de otras, separadas por bosques, por malos caminos o por tíos desbordables. Es difícil hacer comprender a algunos consejeros municipales la idea de que paguen la instrucción al que la da y que ellos serán luego pagados por quienes la reciben. Se les dice inútilmente que tendrían mejores sirvientes de los que obtendrían un mayor provecho... Temen hacer a expensa suya *criados más aptos para el servicio de los burgueses, como si estos últimos no contribuyesen a aumentar las luces de las clases pobres*” (Informe al ministro de Instrucción Pública sobre la instrucción primaria de Ain en 1831. El informante es él mismo un burgués, persona principal del colegio de la capital de provincia).

Según las estadísticas presentadas por Jules Simon en “*El obrero de ocho años*”, solamente 9.000 de los 36.000 recensionados de origen campesino se dedican a trabajar las tierras en 1867. El servicio militar y luego el escolar son formidables “*máquinas de urbanización y deformación para el trabajo asalariado, doméstico, a través de la inculcación de hábitos de vida colectiva, de movimientos de conjunto, y sobre todo de la obediencia que inoculan en los cuerpos de cada uno*”.

Después de la Revolución ya no preocupa la instrucción de los pobres. El nuevo poder en funcionamiento ha encontrado en la escuela la máquina para generalizar el sometimiento a su ley, el estatuto de trabajador. Desde 1836, uno de los fundadores de la Sociedad para la Mejora de la Instrucción Elemental (creada en 1815), el barón de Gerando, pide en su tratado “*De la beneficencia pública*” la misma educación

para todos: “Toda distinción basada en el bienestar o en la pobreza de las familias sería injusta y funesta para las escuelas puramente elementales. Sería injusta porque la instrucción elemental no es menos necesaria a los chicos de las familias indigentes que a los niños de las otras clases trabajadoras; la vocación de unos y otros es, en el fondo, la misma. El objetivo de la educación que reciben los primeros es precisamente hacer desaparecer las fronteras que los separan de los segundos haciéndoles capaces de confundirse con ellos”. Bello ejemplo de texto ideológico que es preciso, como casi siempre, leer entre líneas, y que de hecho propone que todos los niños reciban la misma instrucción elemental que los niños pobres.

La escuela primaria se constituye para reproducir las desigualdades sociales, para fijar a cada uno en su puesto, y hacerlo bajo la apariencia del fracaso y de la culpabilidad: “Una vez instruidos dependéis de vosotros mismos. Si continuáis abajo es que carecéis de valor o de inteligencia. Es vuestra culpa, la sociedad queda absuelta”, explica Jules Simon en un pequeño folleto publicado en 1873 en la “Biblioteca democrática” titulado “La instrucción gratuita y obligatoria”.

La escuela, extendiéndose poco a poco por todo el territorio, en una caza cada vez más fuerte de los irredentistas, ha llegado a ser en 1880 una máquina de encuadramiento bien jerarquizada, organizada como un verdadero ejército, “el ejército del trabajo” del que habla Jules Simon. En 1880 la enseñanza primaria forma un vasto conjunto que puede llegar hasta los veinte años: escuelas maternales, escuelas primarias elementales, cursos complementarios, escuelas primarias superiores. Este conjunto es perfectamente autónomo respecto al sistema educativo que se encarga de la educación de los hijos de la burguesía. Existen dos redes escolares separadas que se mantienen todavía hoy en gran medida. (Ver Christian Baudelot y Roger Establet, *La escuela capitalista en Francia*, Maspero, 1972.) (Siglo XXI, México 1975.)

Bajo la Tercera República son los productos de los niveles superiores de la enseñanza primaria los que se encargan de su reproducción (maestros) y del encuadramiento social de los productos de los niveles inferiores: formación de empleados y de contra maestros en las escuelas primarias superiores. Actualmente es la enseñanza secundaria la que asegura el encuadramiento de los productos de la enseñanza primaria.

La ley de obligatoriedad de 1882 finaliza la construcción de este imponente edificio. Ahora que el territorio nacional está totalmente cuadrículado por la red escolar ya no existen razones para que alguien se le escape. El que se escapa es un causante de desórdenes en potencia, un delincuente, ya que el término delincuente en su origen sirve para designar al niño que no asiste a la escuela, que no la frecuenta con regularidad. Al principio de la Tercera República la escuela conserva todavía su vocación originaria: el enderezamiento de los marginales, de los hijos de los pobres. En el folleto antes citado, Jules Simon escribe: “Aquellos que permiten la negligencia del padre y la ignorancia del hijo son los verdaderos, los únicos enemigos del orden social. Es al menos esto lo que mi razón me dicta. Considero *el principio de la instrucción obligatoria como el más conservador de todos los principios*. Sostendría si me escucho a mí mismo que se debe pagar a los niños pobres para que vayan a la escuela o que al menos se les debe alimentar. El Estado gasta dinero en los niños recogidos. ¿Debe socorrer sólo a la extrema miseria que ha producido sus tristes consecuencias?” (p. 132 del folleto “La instrucción gratuita y obligatoria”, 1873). Más vale prevenir que curar es el principio de la higiene social.

## **La valoración del capital infantil**

Una vez todos los niños enrolados, el sentido de la institución cambia: se trata entonces de “*destacar el capital intelectual de la nación*” (Jules Ferry en la Cámara de Diputados el 6 de junio de 1889), el único capital que está va nacionalizado. Esta valoración tiene una función de prototipo: debe hacerse de forma metódica, implica un perfeccionamiento permanente de las máquinas utilizadas y sobre todo la puesta a punto de un método que permita apreciar su rendimiento. *El cociente intelectual es para la escuela lo que el cronómetro es para la fábrica*. La irregularidad consistente en la falta de asistencia a la escuela, se ha instalado, con la obligatoriedad, en el corazón mismo de la escuela, en el mismo trabajo escolar. Y es aquí donde debe ser perseguida.

La escuela única puede ser realidad ya que existe un método infalible de ordenamiento de los niños en función del medio social de procedencia, del nivel de conocimientos escolares que son capaces de adquirir. Un principio de repartición lineal, susceptible de dividirse hasta el infinito en niveles cada vez más pequeños, reemplaza poco a poco a los sistemas binarios de repartición utilizados anteriormente: frecuente/no frecuente, educación primaria/educación secundaria.

Los cortes así multiplicados pierden su sentido concreto, y la inhibición social para interrogarse acerca de ello es en consecuencia más fuerte: el efecto buscado desde que comienza a funcionar la máquina escolar, es decir, la organización de un flujo continuo de mano de obra sumisa, se ha conseguido poco a poco. La escuela produjo las bases del “socialismo conservador” (Jules Simon), o burocrático, administrativo. “El carácter propio de la riqueza intelectual

es que dándosela a los otros uno la conservará entera, para sí... El que da se enriquece porque adquiere cada vez más la maestría de su ciencia y la posee más completamente después de haberla enseñado” (Jules. Simon, *L'école*, París, 1865, p. 6).